**1 El marco epistémico de la génesis de la sociología**

 Si hablamos del marco epistémico[[1]](#footnote-1) en que tiene su génesis la sociología, nos estamos refiriendo a las condiciones sociales de producción de un especial tipo de saber, saber que en principio implica la aparición de “lo social” como campo de problematización teórica que luego decanta en el saber sociológico. Lo social va implicar justamente un primer recorte del objeto de estudio dentro del amplio campo de las ciencias sociales. Pero la aparición de “lo social” también expresa una nueva tensión política frente a la aparición de la sociedad industrial que en muchos aspectos se asimila al caos. Por otra parte, lo social expresa la búsqueda de un saber con los atributos de cientificidad como un gesto de *poder* para controlar la tensión que supone la lucha de clases en la etapa del capitalismo industrial.

 Veamos brevemente el nudo de esta problemática. Podemos decir que las ciencias sociales en la época del Renacimiento constituyen una suerte de totalidad donde los estudios sobre la política no aparecen escindidos de las reflexiones sobre el hombre, la economía, la sociedad, las leyes. Ahora bien, los escritos de las ciencias sociales que sobresalen a partir del siglo XVI van a girar en torno a la problemática del poder político y la figura del estado.

El punto de ruptura de esa tradición, que permitirá progresivamente la constitución autónoma del conjunto de las hoy llamadas ciencias sociales, se halla en el Renacimiento. El precursor reconocido para este nuevo continente del conocimiento será Nicolás Maquiavelo (1469-1527), cuya obra marca la liberación, para la reflexión sobre la política, de sus condicionantes teológicas o filosóficas. Lo que podríamos llamar ciencia política, esto es, teoría del gobierno y de las relaciones entre el gobierno y la sociedad, es el primer campo secularizado del saber que habrá de irse constituyendo dentro del orden más vasto de las ciencias sociales. Campo en el que coexisten al lado de las prescripciones de lo científico -aún balbuceante- las sutilezas del "arte", es decir, los cánones para la acción que permitan diferenciar al "buen" del "mal" gobierno. (Portantiero, 1986)

El papel rector que va cumplir la ciencia política en la organización del amplio espectro de las ciencias sociales está conectado con la necesidad de abordar teóricamente el nuevo escenario que constituía el surgimiento de las naciones y de los estados centralizados. Ello ponía en el centro del debate el tema de la organización del poder que, bajo el modo de producción capitalista entonces en expansión, no podía ser pensado sino como un contrato voluntario entre sujetos jurídicamente iguales. Hobbes, Locke, Montesquieu, Rousseau, son algunos de los jalones en ese camino de constitución de un nuevo saber, más riguroso, sobre el sentido de las relaciones sociales entre los hombres. Lo social y lo político, que hasta entonces aparecía como algo dado, invariante, fijo, absolutamente regulado por un sistema organizativo que no distinguía lo público de lo privado, comienza a ser pensado como un proceso de construcción colectiva en el que el hombre precede a la sociedad, la crea y la organiza.

Las teorías sobre el estado, el orden legal, y la incumbencia del poder real sobre los diferentes órdenes de la vida social están ligados a un nuevo juego de la política a partir de las variaciones el capitalismo en ciernes produce de la mano de la burguesía mercantil. (Los ensayos de orden teológico, filosófico y jurídico que justifican las prerrogativas reales de Enrique VIII sobre la iglesia papal, por ejemplo, no escapan a necesidad de acumular tierras y posesiones que alimentan el creciente intercambio mercantil de granos que favorece una balanza que potencia al estado real en la competencia con otros estados, a la vez que permite colocar al poder soberano en condición de distribuidor de poder al interior de la nobleza).

 La ciencia política, se presente entonces, como la primera -cronológicamente- de las nuevas ciencias sociales en el mundo moderno que irrumpe con el Renacimiento. El segundo movimiento corresponde a la economía política. William Petty, Adam Smith y David Ricardo, Tomas Malthus significan en el plano del pensamiento económico lo que Maquiavelo, Hobbes, Locke o Montesquieu en el de la reflexión sobre las relaciones entre la sociedad y el poder. Las teorías mercantilistas, la fisiocracia y la economía liberal clásica, si bien van a implicar un constante campo de diferenciación de la teoría política como tal, nunca dejan de presentarse como parte de un todo, el mercantilismo en particular, es la extensión de los escritos políticos sobre el manejo de los asuntos económicos a favor de las monarquías absolutas.

Las etapas de fundación de la economía política siguen también los ritmos del desarrollo de la sociedad: en un principio eran los problemas del cambio, de la circulación, los predominantes; más tarde, especialmente a partir del siglo XVIII, la atención se dirigirá a los problemas de la producción. Es que comenzaba la Revolución Industrial. Tanto la ciencia política cuanto la economía política no eran concebidas por sus fundadores como compartimientos cerrados, como disciplinas irreductibles. Eran, en realidad, fragmentos de una única ciencia de la sociedad. Hechos políticos y hechos económicos eran concebidos, en general, como fenómenos que se cruzaban y se condicionaban mutuamente. Dicho esto, podemos precisar que en la economía política vamos a encontrar, sobre todo en la etapa de los clásicos de la escuela liberal, cierta inversión de la relación de interés en la teoría. La economía política va replantear toda una relación con el derecho público: “*El problema fundamental, esencial del derecho público ya no será tanto, como en los siglos XVII y XVIII, como fundar la soberanía, en qué condiciones el soberano puede ser legitimo, en qué condiciones podrá ejercer con legitimidad sus derechos, sino: como poner límites jurídicos al ejercicio de un poder público”* (Foucault, 2006).

El nacimiento de la sociología se plantea cuando ese nuevo orden social que constituye el capitalismo ha empezado a madurar, cuando se han generalizado ya las relaciones de mercado y el liberalismo representativo, y en el interior de la flamante sociedad aparecen nuevos conflictos, radicalmente distintos a los del pasado, producto del industrialismo.

 El estímulo para la aparición de la sociología es la llamada Revolución Industrial; mejor, la crisis social y política que dicha transformación económica genera. Con ella aparece un nuevo actor social, el proletariado de las fábricas, vindicador de un nuevo orden social, cuando todavía estaban calientes las ruinas del "A*ncien Régimen*" abatido por la Revolución Francesa. Para dar respuesta a las conmociones que esta presencia señala, en el plano de la teoría y de la práctica social, aparecerán dos vertientes antitéticas: una será la del socialismo -proyectado del plano de la utopía al de la ciencia por Karl Marx-; la otra lo que configura la tradición sociológica clásica.

El orden estamental del precapitalismo aseguraba una unificación entre lo social y lo político-jurídico. El capitalismo disolvería esta identidad entre lo público y lo privado y con ello la idea de la armonía de un orden integrado. La sociología arrancará de este dato para intentar reconstruir las bases del orden social perdido; de aquella antigua armonía sumida ahora en el caos de la lucha de clases.

En ese sentido, nace íntimamente ligada con los objetivos de estabilidad social de las clases dominantes. Su función es dar respuestas conservadoras a la crisis planteada en el siglo XIX. Es una ideología del orden, del equilibrio, aun cuando sea, al mismo tiempo, testimonio de avance en la historia del saber, al sistematizar, por primera vez, la posibilidad de constituir a la sociedad como objeto de conocimiento. Ahora bien, la sociedad puede constituirse como objeto autónomo de investigación solo en la medida en que el discurso filosófico y las prácticas políticas han avanzado en la diferenciación entre Estado y Sociedad Civil. Durante la larga etapa histórica que dominaron las relaciones del *Ancien régimen*, la sociedad civil no era más que una porción del territorio donde el poder regio esgrimía su poder. Tuvieron que darse bruscos cambios en el escenario político y social para que la escisión entre Estado y Sociedad civil fuera cada vez más evidente. Pero para que la sociología como tal disputase un terreno propio de estudio también fue necesario que la magnitud de los problemas que plantea la sociedad como objeto de conocimiento impusiera un abordaje científico. La filosofía social o política, las doctrinas jurídicas, no pueden ya dar cuenta de los conflictos colectivos impulsados por la crisis de las monarquías y por la Revolución Industrial. Para quienes serán los fundadores de la sociología, ha llegado la hora de indagar leyes científicas de la evolución social y de instrumentar técnicas adecuadas para el ajuste de los conflictos que recorren Europa.

Lo social constituye entonces la tematización de ese difuso y confuso campo de nuevas relaciones sociales que impulsa la burguesía por medio de la revolución industrial y las revoluciones políticas que recorren toda Europa y América. Desde las primeras teorías sociales de los conservadores -Louis de Bonald (1754-1850) y Joseph de Maistre (1754-1821)- hasta Saint Simon, Spencer, Comte, Durkheim a Tönnies lo que emerge es un discurso una esfera de tensiones sociales que hay que regular. La particularidad de ese pensamiento fundacional de lo social como perspectiva teórica es que se confunde con ideas de gobierno, ideas de reforma moral y social, filantrópicas y medicas.

La nueva ciencia social -la sociología-; al igual que las ciencias de la naturaleza, debía constituirse *positivamente*. En realidad su status no sería otro que el de una rama de la ciencia general de la vida, necesariamente autónoma, porque el resto de las ciencias positivas no podía dar respuesta a las preguntas que la dinámica de las sociedades planteaba, pero integrada a ellas por idéntica actitud metodológica. La sociedad, así, será comparable al modelo del organismo. Para su estudio habrá que distinguir un análisis de sus partes -una morfología o anatomía- y otro de su funcionamiento: una fisiología. Así definía Saint-Simon las tareas de la nueva ciencia: "Una fisiología social, constituida por los hechos materiales que derivan de la observación directa de la sociedad y una higiene encerrando los preceptos aplicables a tales hechos, son, por tanto, las únicas bases positivas sobre las que se puede establecer el sistema de organización reclamado por el estado actual de la civilización" (Saint Simon, 1960). Fisiología e Higiene: no pura especulación sino también la posibilidad de instrumentar "preceptos aplicables" para la corrección de las enfermedades del organismo social. Este positivismo, que exigía estudiar a la sociedad como se estudia a la naturaleza, iba a encontrar su método en el de la biología, rama del conocimiento en acelerada expansión durante el siglo XIX. Para Emile Durkheim, que representa a la sociología ya en su momento de madurez, el modelo que apuntalará en *Las reglas del método sociológico* (1895) será la Introducción al estudio de la medicina experimental (1865) del fisiólogo Claude Bernard. Pero el positivismo con el que se recubre y virtualmente se confunde el origen de la sociología, tendrá también otro sentido, no meramente referido a la necesidad de constituir el estudio de la sociedad como una disciplina científica. Positivismo significa también reacción contra el negativismo de la filosofía racionalista de la Ilustración, contemporánea de la Revolución Francesa. En realidad, los dos significados se cruzaban. La tradición revolucionaria del Iluminismo operaba a través del contraste entre la realidad social tal cual era y una Razón que trascendía el orden existente y permitía marcar la miseria, la injusticia y el despotismo. En ese sentido, en tanto crítica de la realidad, era considerada como una "filosofía negativa". El punto de partida de la escuela positiva era radicalmente distinto. La realidad no debía subordinarse a ninguna Razón Trascendental. Los hechos, la experiencia, el reconocimiento de lo dado, predominaban sobre todo intento crítico, negador de lo real. Hasta aquí, este rechazo del trascendentalismo estimula la posibilidad de un avance del pensamiento científico por sobre la metafísica o la teología. Pero esta supeditación de la ciencia a los hechos implicaba, simultáneamente, una tendencia a la aceptación de lo dado como natural. La sociedad puede incluir procesos de cambio, pero ellos deben estar incluidos dentro del orden. La tarea a cumplir es desentrañar ese orden -es decir desentrañar las leyes que lo gobiernan-, contemplarlo y corregir las desviaciones que se produzcan en él. Así, todo conflicto que tendiera a destruir radicalmente ese orden debía ser prevenido y combatido, lo mismo que la enfermedad en el organismo.

# 2 La cuestión social y la emergencia del discurso sociológico

##  El marco epistémico donde se constituye la sociología en tanto saber científico esta marcado, como vimos, por una serie de desplazamientos y rupturas que van desde la ciencia política, la economía política a la sociología.

## En principio, la problematización especifica en torno al nuevo orden que la sociedad capitalista constituye llevan por nombre lo “social” de ese conjunto abigarrada de discurso se van a definir las teorías que configuran a la sociología científica, donde tenemos un avance en la rigurosidad de la definición del objeto y el método de estudio; nos referimos básicamente a las teorías de Durkheim, Weber y Marx. Pero en principio con la categoría de lo social designamos a un campo de problematización más amplio, donde existe una preocupación epistemológica que es a la vez política, desarrollar un conocimiento sobre lo nuevo y un conocimiento capaz de regular y controlar eso que se presenta como la nueva realidad social.

## Este “avance” del conocimiento, esta modificación de *la superestructura,* acompaña entonces una serie de cambios de las relaciones sociales generados por el modo de producción capitalista. La sociología en este aspecto es la respuesta teórica a los cambios que este produce. Podemos decir, que en términos más específicos, lo social en primer lugar y la sociología como tal buscan responder a la cuestión social.

¿Que entendemos por cuestión social? Un rastreo arqueológico nos lleva a observar que durante buena parte de la historia, la pobreza, la desposesión y la vulnerabilidad social no constituyen un “*tema”* sobre el cual se discurra a nivel de problematización teórica. Fue el encuentro de diversos procesos en un momento histórico los que operaron como una condición de posibilidad para que emergiese esta problematización. El Iluminismo francés aborda la pobreza, toma el pauperismo como tema y lo constituye como una realidad que confronta con el ideal de progreso y racionalidad (Donzelot, 2007). Este movimiento implico hacer visibles nuevos sujetos en la historia: campesinos expulsados de las fincas señoriales, aprendices que no han logrado permanecer dentro del gremio, soldados sin ejército, pobres y salteadores de camino, mendigos en los alrededores y dentro de las ciudades y sobre todo el creciente ejercito de familias obreras en situación de pauperismo, etc. Todos ellos son *objetos* de un discurso que apunta a integrarlos. La integración de los “excluidos” implica un nuevo contrato social que cuestiona las prerrogativas reales, aunque a la vez busca preservar un orden social que ya se avizora tendrá nuevas formas.

Sobre este trasfondo, el ideal republicano que se instala con la Revolución Francesa contenía promesas que recogían las expectativas del discurso Iluminista. Podemos pensar en la declamación de derechos ciudadanos, en la conformación de un comité de salvación pública, en la instauración del *derecho al trabajo* como formas parciales de responder al ideal de emancipatorio del discurso iluminista.

Sin embargo, la perspectiva de una suerte de progresividad histórica frente a la miseria “irracional” denunciada por los Iluministas se va quebrar. Jacques Donzelot plantea que la *cuestión social* supone la brecha entre las promesas contenidas en la Revolución Francesa, materializada en los *Derechos del Ciudadano y del Hombre* y las condiciones reales de vida generadas por la subsunción real del trabajo. La Revolución Francesa, inspirada en el contractualismo liberal, propuso como derechos naturales, la libertad, la igualdad, la seguridad y la propiedad, no obstante la realidad efectiva que se presentaba en Europa, en particular, tras las guerras Napoleónicas, no manifestaba la concreción de tales principios. Los países que fueron adoptando los ideales de la burguesía pronto se encontraron envueltos en motines y levantamientos, así como atravesados por epidemias y muertes. Particularmente, luego de 1848, se hizo visible que el Estado como esfera de la “voluntad general” no era el árbitro que podía resolver los litigios que la sociedad civil planteaba en tanto ámbito de intereses egoístas. La cuestión social menta entonces, la distancia entre los principios sostenidos por la burguesía y su realización efectiva.[[2]](#footnote-2)

En un principio, la República Social de 1848 parecía finalmente ser la respuesta a los múltiples problemas de la vida en sociedad para los marginales parisinos, suponía en este sentido, la continuidad y la concreción de las promesas contenidas en la Revolución de 1789.

Sin embargo, a partir de la reacción burguesa de junio 1848 la República como marco de resolución de los conflictos sociales entra en una nueva etapa, pierde su capacidad de regular y coagular las heridas de lo social, entra en un estado de fragilidad*, su corazón está afectado por una enfermedad que se denomina “la cuestión social”*. Para esta época no existía político que no escribiera algún opúsculo sobre la cuestión social y la forma de resolverla antes y después de las Revoluciones de 1789 y de 1848 (Donzelot, 2007).

Robert Castel agrega que la “cuestión social” es la forma en que una sociedad experimenta el *enigma* de su cohesión y trata de conjurar el riesgo de su fractura. Pone en entredicho la capacidad política de una nación para mantener estable el lazo social. Para Castel, esta situación de conflicto se nombró como tal por primera vez en 1830 (Francia), cuando una capa de la población adquirió conciencia de la nueva condición de vida de las poblaciones que eran agentes y víctimas de la revolución industrial (Castel, 1997). La cuestión social es la cuestión del pauperismo, marcado por el divorcio entre un orden jurídico político fundado sobre el reconocimiento de los derechos del ciudadano y un orden económico que suponía miseria y desmoralización masivas. Se difundió entonces la idea de que esta situación constituía una amenaza política y moral, y resultaba necesario encontrar un remedio contra esa plaga del pauperismo o *prepararse para una conmoción social*.

Entonces emerge un nuevo dispositivo de gobierno ante la cuestión social, emerge “lo social”, esos mecanismos de poder que integran a las vez que obturan una salida radicalizada a la cuestión social. Lo social implica un nuevo arte de gobierno que venía a regular las condiciones de vida de la capa más desocializada en el contexto de la revolución industrial para promover su integración. Venía por lo tanto a ocupar una especie de vacio entre el mercado y la política. Lo social supone entonces, modos de integración que buscan eludir al mismo tiempo que inevitablemente mantienen la desigualdad (Murillo, 2012). La cuestión social, alude también al conjunto de “remedios” elaborados por políticos, filósofos sociales, higienistas, que buscan contener los efectos al mismo tiempo que mantener una inmodificable desigualdad de clase. Lo “social” se presenta así para Donzelot como el conjunto de dispositivos de gobierno que intentan ocuparse de la cuestión social (Donzelot, 2007). Ya veremos más adelante las variadas formas –dispositivos de gobierno- que presenta lo social como formas de curar las heridas de la cuestión social.

En suma, la expresión *cuestión social* hace referencia a los problemas de tipo laboral e ideológico producidos en el mundo como consecuencia de la revolución industrial, la industrialización, la urbanización, y la aparición de una nueva clase social, a saber: el proletariado. La cuestión social puede entenderse en sentido lato, como lo hace Ferdinand Tönnies en *Desarrollo de la cuestión social*, como “*el conjunto de problemas que se plantean por la cooperación o convivencia de clases, estratos y estamentos sociales; los cuales, aún formando una misma sociedad, se encuentran separados entre sí por sus hábitos de vida y por su ideología y visión del mundo*”.[[3]](#footnote-3)

En sentido estricto, dentro de lo sociología, por *cuestión social* se entiende el conjunto de males que aflige a ciertos sectores de la sociedad, los remedios que pueden ponerle fin y la paz que solucione la lucha de clases entre ricos y pobres. Con esta última apreciación coincide en gran parte el Papa León XIII en su famosa encíclica *Rerum Novarum,* cuando caracteriza la cuestión social como el estudio de los males que aquejan a las clases inferiores y el de los medios más justos, eficaces y oportunos para conjurarlos. La cuestión social por antonomasia, en la edad contemporánea, está estrechamente vinculada al surgimiento de la clase obrera y la problemática que trajo aparejada la aparición de esta nueva fuerza social: la lucha de clases, los conflictos laborales que enfrentan a trabajadores y empresarios a partir de la Revolución Industrial, la constitución de organizaciones sociales destinadas a defender los intereses del proletariado; las huelgas, las protestas callejeras y otros mecanismos de lucha para la defensa de dichos intereses; el surgimiento de nuevas ideologías como el anarquismo, el socialismo y al comunismo. Todo esto puede válidamente englobarse bajo la fórmula *la cuestión social*.

Podemos concluir provisoriamente que la “cuestión social” implica un nuevo estadio en las formas de experimentar la pobreza y la marginalidad. Abre si se quiere, una perspectiva crítica que parece cuestionar los cimientos movedizos de la sociedad capitalista industrial. Frente a esta perspectiva crítica que tiende a radicalizarse; emergen discursos que se proponen como objetivo atender políticamente lo que el mercado no resuelve, se preocupan en este sentido por neutralizar la pobreza con las enfermedades que incuba; las muertes por inanición, las epidemias como los motines y las huelgas.

Finalmente, para decirlo desde perspectiva crítica: la cuestión social es la forma de traducir la lucha de clases en términos de crisis social. Es una manera de intentar pensar los conflictos sociales, políticos y morales por fuera de la crítica marxista al sistema social basado en la oposición de clases.

El gobierno de la cuestión social suponía administrar la conflictividad social a diferentes escalas, a una escala general la masa del cuerpo social de la población debía ser pacífica y productiva. Si bien las dos realidades históricas a las que hemos hecho mayor referencia son diferentes (1789, 1848)[[4]](#footnote-4), en ambas se dieron relaciones de fuerza entre diferentes clases que fueron permeadas por dispositivos de poder de carácter liberal, reformista, socialista, conservador.

En este sentido, los dispositivos reformistas se vuelven claves en toda Europa, estos permitieron reducir la desigualdad y aliviar el malestar de las pobres, generando con ello un proceso de asimilación al nuevo orden social. Los dispositivos liberales partían de conocer la “naturaleza” del mercado para ajustarse racionalmente a ella. Liberar la fuerza del mercado; era en definitiva la regla básica que permitía evitar penurias mayores para el conjunto de la sociedad.

En este contexto, las ciencias sociales también pueden ser pensadas como un dispositivo fundamental de gobierno en la etapa del capitalismo industrial.

Como vimos anteriormente, es importante atender a un primer movimiento, el que se produce en torno a la escisión de un ámbito de pensamiento que va desde la economía política hacia la sociología.

Antes de la sociología tuvimos a la economía política, que es un campo de estudio interesado en "la riqueza de las naciones", la producción y distribución de riquezas dentro y entre entidades políticas y las clases que las componen. En el siglo XVIII, con la aceleración de la empresa capitalista, esa estructura de Estado y clases sufrió una presión cada vez mayor por parte de grupos y categorías sociales nuevos y "crecientes" que clamaban por el reconocimiento de sus derechos frente a aquellos grupos defendidos y representados por el Estado. Intelectualmente, el problema adoptó la forma de hacer valer frente al Estado la validez de vínculos nuevos de carácter social, económico, político e ideológico que hoy día están conceptualizados como "sociedad". Esta creciente oleada de descontento que enfrentaba a la "sociedad" contra el orden político e ideológico llevó a desórdenes, rebeliones y revoluciones. El espectro del desorden y de la revolución planteó el interrogante de cómo el orden social podía ser restaurado y mantenido, más bien dicho, de cómo el orden social se podía alcanzar. La sociología esperó poder resolver "la cuestión social" (Wolf, 1993).

Las ciencias sociales y la sociología en particular; emergen como un campo de problematización sobre la cuestión del orden y la integración. Lo social nace como algo que falta y a la vez debe ser construido. Pero las ciencias sociales no solo se vislumbran a partir de un recorte en el objeto de estudio, sino también a partir de la consolidación del método científico basado en la formulación de hipótesis y la experimentación. Durante el siglo XIX, las ciencias naturales -que adoptan durante el siglo XIX el método experimental- transferirán su modelo de trabajo a las nacientes ciencias del hombre, por mediación de las ciencias de la vida. Tal desarrollo fue una herramienta invalorable para la subsunción real de las relaciones sociales a la forma social capitalista de producción (Murillo, 2001).

El lazo social se presentaba desgarrado en la medida en que una masa de individuos reconocidos formalmente como ciudadanos no materializan los derechos que dicha ciudadanía implica. En la matriz liberal, el derecho a la existencia no es un derecho que el estado debe garantizar a cualquier costo, sino que muy por el contrario, el estado debe dejar que el mercado regule naturalmente las condiciones de vida de las capas más pobres de la población. La situación que surge entonces es como restablecer un orden y al mismo tiempo suturar las heridas que supone la cuestión social.

La sociología surge también como un recorte epistemológico, ya no se trata de estudiar la dinámica de la sociedad capitalista en su conjunto, sino de enfocar el problema de los lazos sociales, de la ruptura de los mismos. Este nuevo estado de cosas remite sin duda al paso de un tipo de sociedad patriarcal a una sociedad moderna. Donde la cuestión social se traduce como enfermedad, y la ciencia social como una forma de higiene pública ante este estado de cosas.

La sociología atiende a su vez, a la necesidad de comprender y dar respuestas frente a la presencia de nuevos sujetos; el proletariado moderno, las nuevas masas urbanas que afectan el orden moral-legal.

¿Cuál fue el modo que opero la sociología para resolver el dilema de la cuestión social? Eric Wolf plantea que la sociología tuvo en su génesis una serie de objetivos y métodos que apuntaron a dar dicha respuesta: en primer lugar separar el campo de las relaciones sociales de la economía política, destacar los lazos sociales observables que unen a la gente como individuos, como grupos o como asociaciones e instituciones.

La sociología tiene así, en su génesis, una serie de presupuestos que encuadran su teoría y su método: a) En el curso de la vida social los individuos se relacionan entre sí. Tales relaciones pueden ser abstraídas del contexto económico, político o ideológico en que se encuentran, y ser tratadas de un modo *sui generis.* Son autónomas, por sí constituyen un reino propio, el reino de lo social. b) El orden social depende del crecimiento y extensión de las relaciones sociales entre individuos. A mayor densidad de estos lazos y a mayor amplitud de su alcance, mayor será el orden de la sociedad. Cuanto mayor sea el vínculo de parentesco y vecindad, habrá un orden social más firme. c) La formación y el mantenimiento de estos vínculos están relacionados fuertemente con la existencia y propagación de creencias y costumbres comunes entre los individuos que participan en ellas. e) Estas costumbres y creencias asociadas constituyen una totalidad social, la sociedad en cuanto totalidad social es fuente de cohesión y orden.

De estos presupuestos teóricos y metodológicos se desprende una tendencia a ver el campo de lo social como un recorte de los procesos productivos. Se construye así un objeto, lo social como un reino autónomo, que tendría en sí sus propias causas de desintegración en los problemas de reproducción de patrones a nivel familiar, grupal.

**3 El discurso sociológico como mecanismo de normalización**

1. **Una ciencia del orden social**

Podemos pensar que toda una corriente que nace con Saint-Simon y Comte y que tiene una suerte de derivación en Inglaterra con Herbert Spencer, culmina o tiene un punto de llegada con la figura de Emile Durkheim. Estos autores, cada uno a su manera, han producido un constante recorte del objeto y el método sociológico, se han acercado al campo de lo social de la mano de los estudios empíricos de otras ciencias como la economía, la historia, la psicología, la biología, la medicina. El abandono de la *mera especulación filosófica* es una marca de este proceso de génesis de la sociología. Todavía en el prólogo de *El Suicidio*, libro escrito en el año 1897, Durkheim confesaba “No ha pasado aun la era de las construcciones y las síntesis filosóficas” (Durkheim, 2004). Preocupado por la situación estacionaria del conocimiento sociológico Durkheim proponía como método avanzar en el conocimiento de una “pequeña porción del campo social”para descubrir leyes ignoradas o al menos hechos que permitan plantear nuevos problemas. “Ante una realidad social tan compleja de nada nos sirve un ánimo de generalización brillante que no termina por comprender nada en profundidad”, planteaba en el prólogo de aquel libro. La sociología debía brindar demostraciones sobre hechos concretos y no meras ilustraciones, solo superando esta etapa podía adquirir solidez científica y alejarse de las disquisiciones filosóficas. La *claridad y distinción* que Durkheim pretende para la sociología solo podía provenir de esa regla que se convierte en el axioma general de su sociología: “los hechos sociales deben ser estudiados como cosas”. En continuidad con el positivismo de Comte, este lema busca constituirse en el único camino posible para que haya un conocimiento válido de lo social

Solo en la medida en que la sociología precise su objeto y su método podrá lograr avances reales y generar un proceso de acumulación científica.

 Durkheim está convencido que para administrar eficientemente la cuestión social es necesario elaborar una ciencia rigurosa, buscando respuestas precisas allí donde solo podía encontrar manifestaciones particulares de una problemática general. Sin embargo, esta especialización del conocimiento que se comienza a generar con la figura de Durkheim no va a retroceder, por el contrario, se va a constituir en una especie de garantía de conocimiento válido, el uso de las estadísticas, la precisión del objeto de estudio, la contrastación de los datos. ¿Quién puede disputar la validez científica de un trabajo donde se ha consultado 23.000 expedientes de suicidio?

En esta perspectiva, la fundación de la sociología como ciencia implica, ante todo, la instauración de un conocimiento que supera la instancia del sentido común, (de hecho las opiniones sobre la cuestión social, el problema de la pobreza, el pauperismo, la marginalidad social, la cuestión obrera, etc., abundan en las páginas de los periódicos de la época y en la actualidad, de la misma manera que se analizaba la crisis económica y social durante el siglo XIX).

Ahora bien, el problema central que tiene la joven sociología para Durkheim es abordar justamente el trastorno social, explicar los desórdenes sociales a partir de causalidades empíricas. La motivación “política” de Durkheim de hecho queda expresada en un prefacio que escribe para *La división del trabajo social*, su tesis, donde explicita su preocupación por el estado de anormalidad en el que se encuentran ciertos lazos sociales en la sociedad moderna:

Varias veces insistimos (…) sobre el estado de falta de regulación (anomia) jurídica y moral en que se encuentra actualmente la vida económica. En este orden de funciones, en efecto, la moral profesional no existe verdaderamente sino en estado rudimentario. Hay una moral profesional del abogado y del magistrado, del soldado y del profesor, del médico y del sacerdote, etc. Pero si se intenta fijar en un lenguaje un poco definido las ideas reinantes sobre lo que deben ser las relaciones del patrón con el empleado, del obrero con el jefe de empresa, de los industriales en competencia unos con otros o con el público, ¡qué fórmulas más vagas se obtendrían! Algunas generalidades sin precisión sobre la fidelidad y abnegación que los asalariados de todas clases deben hacia aquellos que los emplean, sobre la moderación con que estos últimos deben usar de su preponderancia económica, una cierta reprobación por toda concurrencia muy manifiestamente desleal, por toda explotación excesiva del consumidor; he aquí, sobre poco más o menos, todo lo que contiene la conciencia moral de esas profesiones (…) Resulta de ello que toda esta esfera de la vida colectiva está, en gran parte, sustraída a la acción moderadora de la regla (Durkheim, 2001 A).

La crisis de la sociedad moderna se cristaliza en el desorden, el desorden es entendido como el conflicto en un campo social donde no aparece el efecto moderador de la regla, el campo de la economía, es donde constantemente luchan patronos y obreros. La tesis de Durkheim es escrita sobre las cenizas de la *Comuna,* y se orienta a repensar el conjunto de conflictos y luchas sociales de la época. Busca dar racionalidad al problema, purgar a las tendencias socialistas de sus medidas radicalizadas, y acrecentar la vida republicana sobre nuevas solidaridades sociales. No considera que el problema sea la contradicción entre capital y trabajo, sino la falta de racionalidad normativa en este ámbito. Es la ausencia de una moral específica en el ámbito de las relaciones de producción lo que provoca las constantes luchas entre obreros y patrones. “A este estado de anomia deben atribuirse, los conflictos que renacen sin cesar y los desórdenes de todas clases cuyo triste espectáculo nos da el mundo económico” (Ibíd.)

Las fuerzas en pugna no se contienen, piensa el sociólogo francés, porque no hay límites de uno u otro lado, por tanto, solo el débil que es sometido por imperio de la fuerza acepta momentáneamente las directrices del poder, pero estamos siempre frente a un equilibrio inestable. En este punto el autor francés es tajante, lo que existe es una constante *guerra de clases,* –expresión que usara Marx cuarenta años antes–. Para Durkheim “las treguas impuestas por la violencia siempre son provisorias y no pacifican a los espíritus”.Las pasiones humanas no se contienen sino ante un poder moral que respeten. Si falta toda autoridad de este género, la ley del más fuerte es la que reina y, latente o agudo, el estado de guerra se hace necesariamente crónico.

Al punto al que llegamos la cuestión es ¿porque la moderna sociedad industrial tiene esta especie de grieta en su marco normativo? Grieta que a los ojos de la sociología aparece como el motor de la conflictividad social. Aquí debemos retornar a la diferencia entre sociedad tradicional y sociedad moderna, concepto que de alguna manera estaba presente en Tönnies, en Spencer y con anterioridad en Comte y Saint-Simon. Pero es Tönnies si se quiere, quien establece una serie de características básicas de la comunidad por contraposición a la sociedad moderna. Durkheim por su parte, va a utilizar el paso de un tipo de sociedad (la sociedad tradicional de Durkheim se asimila a la comunidad de Tönnies, de hecho Durkheim realizo cursos en Alemania donde tomo contacto con estas tesis del autor alemán), a otra para explicar el estado general de anarquía de la sociedad moderna en que vivió.

Mientras que para los clásicos de la economía como Adam Smith, la división del trabajo era fuente de felicidad, Durkheim va a poner en tela de juicio los efectos que la enorme división del trabajo social genera por parte de la sociedad industrial (el positivismo de Durkheim toma distancia del de Comte que identificaba el avance de la ciencia con el progreso). El paso de las sociedades tradicionales a las sociedades modernas está dado por esta enorme maquinaria social que supone la división del trabajo social, donde las profesiones se especializan y los vínculos se vuelven más complejos. La solidaridad mecánica propia de las sociedades tradicionales suponía un vínculo mucho más simple entre los individuos, el orden normativo era estrecho y las conductas de los individuos tenían un mayor grado de semejanza, una fuerte moral religiosa dominaba las representaciones colectivas (concepto que Durkheim termina por utilizar en lugar de conciencia colectiva). El peso de este orden normativo era mayor que el existente en las sociedades modernas basadas en la solidaridad orgánica, donde existe una complejidad mayor del vínculo dado el desarrollo de la división del trabajo social. La laxitud de las relaciones crece y se pierde cohesión social. Esta falta de cohesión está dada por la ausencia de un marco normativo estable y fuerte que unifique la enorme cantidad de individuos que tienden a caer en la disgregación social. El paso de la solidaridad mecánica a la solidaridad orgánica implica un aumento de los diferentes tipos de vinculaciones, un aumento de las solidaridades, aumento que implica por otra parte un necesario crecimiento de la vida jurídica de la sociedad, el paso de un derecho consuetudinario a un derecho contractual público y al crecimiento de la jurisprudencia esta dado por la especificidad creciente de cada una de las funciones de los individuos en cooperación con el resto. La solidaridad mecánica se basa en la semejanza de los individuos, semejanzas que despiertan un fuerte grado de adhesión o de rechazo sobre los mismos objetos, esta solidaridad se materializa en un derecho represivo a diferencia de la solidaridad orgánica que se rige por un derecho restitutorio.

Ahora bien, ¿cómo se puede superar para Durkheim la anomia que ha generado el crecimiento de los vínculos sociales y el debilitamiento que acompañó al mismo tiempo dicha expansión? Recordemos el problema que aqueja a la época: el desarrollo de las relaciones económicas es tal que no existe regulación alguna, sino es por la fuerza de los diferentes grupos enfrentados.

Anteriormente ya habíamos expuesto que para Durkheim el ámbito de las relaciones económicas carece de una *moral profesional*, o en todo caso está en un estado rudimentario. Existe una moral profesional del médico, del sacerdote, del militar, del profesor y del magistrado, pero no existe tal moral para las relaciones entre obreros y patrones. De acá derivan toda una serie de enfrentamientos y hostilidades que tienen por límite sentimientos de agrado o desagrado, o la fuerza de la opinión pública que acepta o rechaza determinados comportamientos. ¿Cómo solucionar este estado de anomia?

Durkheim observa la preponderancia que tienen las relaciones sociales de la economía frente a las relaciones militares, administrativas y religiosas. Pero este desmesurado crecimiento necesita el límite de las organizaciones profesionales.

Una forma de actividad que se ha apoderado de un lugar semejante en el conjunto de la vida social, no puede, evidentemente, permanecer hasta ese punto careciendo de una reglamentación, sin que se produzcan las perturbaciones más profundas (Ibíd.).

Cada vez más ciudadanos pasan mayor cantidad de tiempo absorbidos en el medio industrial y comercial, sin embargo, no existen un conjunto de costumbres que fijen un claro sentimiento de deber en este medio. He aquí el problema de la cuestión social en definitiva para Durkheim, la carencia de un claro orden normativo que fije costumbres y sentimientos de deber, de allí la falta de una subjetividad pacifica y prolífica. Sin la acción externa de una moral modeladora nos sentimos inclinados a contradecirnos y a agraviarnos. Es importante entender la función modeladora de la norma, dado que la misma no deja de ejercer una coacción clara sobre los individuos. Una regla, en efecto, no es solo una manera de obrar habitual; es, ante todo, una manera de obrar obligatoria, es decir, sustraída, en cierta medida, al libre arbitrio individual (Ibíd.).

El desorden social se traduce por lo tanto en desorden normativo o, como se puede pensar, la falta de una moral determinada, clara y precisa en la sociedad industrial implica el grado de contradicciones y tensiones sociales. ¿Cómo formar esa personalidad moral superior que sea referente para los individuos? El orden y la paz, la cohesión y la regularidad. Para que la anomia termine es preciso, pues, que se forme un grupo en el cual pueda constituirse el sistema de reglas que por el momento falta. Ni la sociedad política, ni el Estado pueden escapar a la responsabilidad de constituir, de elaborar esta reglamentación que reorganice la vida económica, que al volverse cada vez más especializada ha escapado a las regulaciones propias de la vida social, y la única forma de elaborar este orden normativo es a partir de los propios cuerpos profesionales.

La actividad de una profesión no puede reglamentarse eficazmente sino por un grupo muy próximo a esta profesión, incluso para conocer bien el funcionamiento, a fin de sentir todas las necesidades y poder seguir todas sus variaciones. El único que responde a esas condiciones es el que formarían todos los agentes de una misma industria reunidos y organizados en un mismo cuerpo. Tal es lo que se llama la corporación o el grupo profesional (Ibíd.).

Por aquel entonces, considera Durkheim, los únicos grupos que tienen cierta permanencia son los llamados sindicatos, bien de patronos, bien de obreros. Seguramente tenemos ahí un comienzo de organización profesional, pero todavía muy informe y rudimentario. La organización “racional” de corporaciones para obreros y patrones termina siendo para Durkheim; la salida al estado general de crisis y lucha social propia de la encrucijada que significa la cuestión social. En el fondo, el planteo de Durkheim implica un cierto grado de inclusión de los obreros como ciudadanos, menguando la conflictividad de clases. Esta ciudadanía social significa a su vez un reconocimiento de aspiraciones como de límites lógicos en su papel de productores.

1. **La distinción entre lo normal y lo patológico**

El problema que plantea la perspectiva de este pionero de la sociología francesa es: ¿cómo determinar el grado de normalidad del lazo social? O en otras palabras, cómo saber cuando la sociedad está frente un orden normativo racional. Veremos entonces en qué consiste esta idea de normalidad para Durkheim.

Para Durkheim, el mundo social dominado por las relaciones económicas puede estar conducido por una visión ideológica de la realidad. La cuestión es, en tal caso, cómo superar esta ideología y llegar a una concepción racional de las relaciones económicas y sociales. Para ello necesitamos determinar –según este pensador– los estados normales y patológicos de la sociedad. El cuerpo social no parece estar saludable en los tiempos en que Durkheim piensa su obra (el último tercio del siglo XIX, periodo donde la Tercera República en Francia busca equilibrio y moderación por parte del estado ante los conflictos sociales), el objetivo político de la sociología es entonces restablecer la sociedad de una anarquía tal que constituye un fenómeno morboso, pero la morbidez misma del cuerpo social tiene que tener un método para ser reconocida. (La determinación de diferenciar los estados normales de los patológicos en el cuerpo social desnuda una visión donde el conocimiento debe contribuir a mejorar el modo de vida interviniendo en forma práctica y eficaz, de esta forma Durkheim se aleja de toda una corriente filosófica que consideraba al conocimiento como una forma de contemplación).

En efecto, tanto para las sociedades como para los individuos, la salud es buena y deseable; la enfermedad, al contrario, es lo malo y lo que debe ser evitado. Entonces, si encontramos un criterio objetivo inherente a los hechos mismos y que nos permita distinguir científicamente la salud de la enfermedad, en los diversos órdenes de los fenómenos sociales, la ciencia se encontrará en situación de iluminar la práctica permaneciendo fiel a su propio método Durkheim, 2001 B).

El objetivo de la ciencia social es determinar por lo tanto cuando está sano el cuerpo social, pero el problema es, como vemos, el criterio para definir el estado de salud. Dicho estado, no es sin embargo un estado individual de un sujeto, sino más bien un estado colectivo medio del cual los diferentes individuos se pueden desviar en mayor o en menor medida. El estado de salud se convierte en la norma a la cual tendrían que ajustarse los diferentes casos individuales. En este punto, Durkheim descubre una nueva tecnología para regular las conductas, “es la norma la base que debe guiar a todos nuestros razonamientos prácticos” (Ibíd.). Aquí se conecta la ciencia y el arte, donde la ciencia no puede intervenir sino por medio de la ejecución practica del arte, pero el arte se presenta como una prolongación de la ciencia. Y la insuficiencia práctica del arte crece en la medida en que aleja de la ciencia y deja llevar solo por las leyes que expresa la realidad individual. Por ello es conveniente que la ciencia puede permitir la guía de la norma.

Durkheim se preocupa por aclarar que comúnmente se confunde el estado de enfermedad. Se considera que el sufrimiento es indicio de enfermedad. Pero el dolor no es un síntoma exclusivo de la enfermedad, ni la ausencia de dolor implica el estado de buena salud. El parto no implica una enfermedad, afirma el pensador francés, sin embargo implica un estado de dolor que se convierte en normal para todos estos casos. Ahora bien, se pregunta, si la completa adaptación del organismo con el medio es a lo que denominamos salud, pero rápidamente comprueba que este criterio es demasiado laxo, y que no podemos precisar que entendemos por adaptación al medio como por inadaptación. Para saber cuando estamos frente a lo patológico necesitamos definir antes qué entendemos por normalidad. Y en cuanto a este criterio metodológico fallan diferentes tipos de concepciones que no superan el sesgo ideológico:

En sociología, como en la historia, los mismos hechos son calificados de acuerdo con los sentimientos personales del científico, como saludables o desastrosos. Así, sucede sin cesar que para un teórico incrédulo los restos de fe que sobreviven en medio del quebrantamiento general de las creencias religiosas sean un fenómeno mórbido, mientras que para el creyente la incredulidad misma es hoy la gran enfermedad social. Igualmente para el socialista la organización económica actual es un hecho de teratología social, mientras que, para el economista ortodoxo, las tendencias socialistas son patológicas por excelencia (Ibíd.).

Durkheim consideraba que el defecto de estas definiciones era querer encontrar prematuramente la esencia de los fenómenos, suponer ya adquiridas proposiciones que, verdaderas o no, solo pueden ser comprobadas si la ciencia ha progresado lo suficiente.

La forma en que obtiene la concepción de lo normal va a ser considerar que todo fenómeno sociológico, como todo fenómeno biológico, es susceptible aun permaneciendo esencialmente él mismo, de revestir formas diferentes según los casos. Ahora bien, entre esas formas las hay de dos clases. Unas son generales en toda la extensión de la especie; otras se vuelven a encontrar, si no entre todos los individuos, por lo menos en la mayor parte, y, aunque no se repitan idénticamente en todos los casos en donde se observan sino que varíen de un sujeto a otro, estas variaciones están comprendidas entre límites muy aproximados. “Otras, en cambio, son excepcionales; no solo se encuentran únicamente en una minoría, sino que sucede con frecuencia que incluso donde se reproducen no duren toda la vida del individuo” (Ibíd.). Constituyen una excepción lo mismo en el tiempo que en el espacio, y en esta excepción encuentra Durkheim la anormalidad.

Estamos pues en presencia de dos variedades de fenómenos que deben ser designadas con términos diferentes. Durkheim llamará normales a los hechos que prejuzgan las formas más generales y dará el nombre de mórbidas o patológicas a las formas excepcionales. La presente perspectiva concibe al tipo normal con el tipo medio y a toda desviación respecto a este patrón de la salud como un fenómeno mórbido. Lo normal se liga, al igual que lo patológico a un criterio estadístico: la curva normal y el desvío. De modo que lo normal es la media esperable para una población.

De esta manera, lo que estudia el sociólogo al igual que el fisiólogo es la conducta del organismo medio. Es evidente para la medicina de la época, como para Durkheim que solo se puede determinar una conducta media en organismos de una misma especie. De tal forma debemos renunciar a concebir una institución o una práctica social como equiparable a otras de diferente tipo: “Hay que renunciar a la costumbre, todavía muy difundida, de juzgar una institución, una práctica, una máxima moral, como si fueran buenas o malas en sí mismas y por sí mismas, para todos los tipos sociales indistintamente” (Ibíd.). Y dado que el punto de referencia (la conducta promedio esperable de un cuerpo), en relación al cual podemos determinar la salud varía con las especies, puede también modificarse para una misma especie si esta produce modificaciones. Estaba claro para el sociólogo francés que el criterio de normalidad ha variado a lo largo de la historia, y lo que era saludable para un salvaje implicaría un estado de enfermedad para el hombre actual. Por otra parte, la salud y la enfermedad solo pueden comprenderse en relación a la edad, lo que en un niño sería síntoma de enfermedad puede constituir algo normal en un anciano y viceversa. Pero llegamos a un punto que va ser importante tener en cuenta para comprender la perspectiva de Durkheim respecto al gobierno de la cuestión social a partir de la distinción entre lo patológico y lo normal. Del mismo modo en que la salud varía de la niñez a la vejez, debemos comprender claramente en qué fase de desarrollo nos encontramos para determinar cuáles son las conductas normales o patológicas.

No puede calificarse un hecho social como normal para una especie social determinada más que en relación con una fase, determinada igualmente, de su desarrollo; por consiguiente, para saber si tiene derecho a esta denominación no basta observar bajo qué forma se presenta en la generalidad de las sociedades que pertenecen a dicha especie, hay que cuidar también de considerarla en la fase correspondiente de su evolución (Ibíd.)

Desde esta óptica las conductas que comienzan a propagarse con la expansión del capitalismo industrial pueden concebirse como patológicas para una sociedad basada en la solidaridad mecánica, pero pueden convertirse en la conducta media del cuerpo social bajo la nueva fase del capitalismo durante el siglo XIX. Más allá de este análisis lineal que podemos desprender de las palabras de Durkheim, podemos efectuar un lectura donde los cambios sociales, o el escenario caótico de enfrentamientos y falta de estabilidad del lazo social que Durkheim observa se producía en medio de una fuerte transición, y durante estos períodos de transición donde la especie entera se va modificando, también se modifican las posibilidades de establecer cuál es el comportamiento medio y por lo tanto normal de la especie.

De este modo, Durkheim piensa que ciertos hechos del presente pueden ser propios del pasado y no están en relación con las nuevas condiciones de existencia.

Un hecho puede así persistir en toda la extensión de una especie, aunque no responda ya a las exigencias de la situación. Entonces ya solo posee las apariencias de la normalidad; porque la generalización que presenta no es más que una etiqueta engañosa, puesto que solo se mantiene por la fuerza ciega de la costumbre (Ibíd.)

El sociólogo tiene en este sentido una dificultad mayor que el biólogo para aproximarse a una verdad científica respecto de la conducta normal, dado que es mucho menos probable que una especie animal varíe de forma imprevista. Los cambios que se producen en los animales de una especie son más bien los relativos a la evolución del individuo, de igual modo la sociología puede conocer que ciertos pueblos o culturas “inferiores” también realizaran cierto recorrido normal en su evolución, el problema para el sociólogo consiste, para Durkheim, en reconocer cuál es el estado de normalidad para las sociedades desarrolladas en el presente, donde todavía no se ha desarrollado una estabilidad que permita pensar en un término medio. El sociólogo puede encontrarse preocupado por saber si un fenómeno es normal o no, ya que le falta todo punto de referencia.

Por ejemplo, para saber si el estado económico actual de los pueblos europeos, con la desorganización que les es característica, es normal o no, se buscará lo que lo ha producido en el pasado. Si esas condiciones son aún las que actualmente se encuentran en nuestras sociedades, es que esta situación es normal pese a las protestas que suscitan. Pero si se descubre, por el contrario, que está ligada a la vieja estructura social que hemos calificado en otra parte de segmentaria y que, después de haber sido la osamenta esencial de las sociedades, va borrándose cada vez más, se deberá concluir que constituye en el presente un estado mórbido, por muy universal que sea (Ibíd.).

Nos encontramos así, que para Durkheim, la distinción entre lo normal y lo patológico no se puede pensar fuera del tiempo y el espacio, fuera de la etapa particular que recorre una sociedad y en relación a las formas elementales que sostuvieron en el pasado a la misma sociedad. Por lo tanto, el aumento de la complejidad propio de una mayor división del trabajo social implica pensar que cierto grado de desorden transicional es normal, aun cuando el sociólogo comprende que ciertas manifestaciones pueden concebirse como patológicas y necesarias de ser remediadas. En esta misma línea, Durkheim observa que los socialistas entienden al capitalismo actual como estado de enfermedad social pese a su nivel de generalidad, mientras que para Spencer el avance del Estado –la centralización administrativa–; sobre la iniciativa privada constituye el hecho patológico. A partir de este estado de confusión, Durkheim plantea que el objeto de la sociología es justamente definir el estado normal, de explicarlo y distinguirlo de su contrario. Saca este método una propuesta donde la ciencia se une al arte, donde el conocimiento sociológico se convierte en un dispositivo de gobierno:

No se trata ya de perseguir desesperadamente una meta que huye a medida que se adelanta, sino de trabajar con una perseverancia regular para conservar el estado normal, restablecerlo si es trastornado, volver a encontrar sus condiciones si llegan a cambiar. El deber del hombre de Estado ya no es empujar violentamente a las sociedades hacia un ideal que les parece seductor; su papel es el del médico: evita la eclosión de las enfermedades mediante una buena higiene y, cuando se han declarado, intenta curarlas (Ibíd.)

La sociología de Durkheim termina por conectar el paso de una sociedad tradicional a la moderna con la necesidad de guiarse por ciertas reglas para observar los hechos sociales, y tales reglas permiten la función práctica del conocimiento, determinar lo normal y por tanto el estado de salud y de enfermedad en el cuerpo social. De allí que la sociología de Durkheim plantea básicamente una respuesta médica ante la cuestión social, (que proviene de una matriz medico-higienista, que paulatinamente se ha desplego a toda las ciencias de lo social), esta es una respuesta que –al igual que gran parte de los sociólogos europeos– cimienta la disciplina, y lo hace en la medida en que divide y elude la cuestión nodal de la lucha de clases.

**El discurso sociológico y la sociedad normalizadora**

Finalmente nos podemos preguntar ¿Que anuda el discurso higienista de Saint- Simon, Comte, la preocupación por la patología del organismo social en Spencer, y la búsqueda de un orden normativo en Durkheim? Evidentemente para estos autores la cuestión social –entendida como desorden del mundo burgués industrial, tanto como la lucha entre obreros y propietarios– implica un estado de insalubridad social donde el modelo de la fisiología impera para pensar la vida social.

El discurso médico más que el de la biología es el que campea sobre la nueva ciencia. La naciente ciencia social se erige como una terapéutica o como una ortopedia social.

Como pudimos rastrear, dos categorías se mimetizan en las teorías de Saint- Simon, Comte y Spencer, el organismo y el funcionamiento normal. Este último, tiende a ser reconocido como la salud frente a lo enfermo, lo patológico. Así, tanto el organismo biológico como el organismo social (física animal y física social), pueden ser pensados a partir de una norma que establece la desviación, la patología.

La sociedad implica un grado de organización propio de un cuerpo social y no tan solo de un cuerpo bruto, el organismo natural de la sociedad debe ser estudiado para comprender sus propias leyes desde la mirada de estos autores. Todos ellos proponen una normatividad –en el sentido que da Foucault al término–, desde el campo de poder que implica el conocimiento “científico” de lo social como nueva entidad.

La sociología da sus primeros pasos orientada por este requisito de diagnosticar lo sano y lo enfermo, de remediar lo patológico, de reconducir la desviación. En tanto saber que se preocupa por lo desviado, rápidamente los primeros pensadores del área sociológica van a intentar explicar fenómenos que implican diferentes grados de desviación social –Simmel, los trastornos del hombre en la ciudad; Durkheim el suicidio; Lorenz Stein, los movimientos sociales; Tönnies, la criminalidad–.

George Canguilhem va a plantear *¿prematuramente?* la diferencia entre lo normal y lo patológico y el papel que cumple esta diferenciación en la elaboración de los conceptos fundamentales para pensar el funcionamiento de lo vivo en general. Desde su perspectiva, lo normal no se corresponde tanto con un promedio estadístico (al estilo positivista), sino que lo esencial de lo normal consiste en *instituir normas*. Al mismo tiempo que es capaz de cambiar las mismas normas que ha instituido. Este pensador francés (que inspiró con muchas de sus ideas a Foucault), plantea que la diferencia entre lo normal y lo patológico está imbricada a la formación de la medicina como saber experimental –por tal motivo exalta la figura de Claude Bernard, gran inspirador de la medicina experimental–. Ahora bien, este saber médico implica pensar en términos de terapéutica y de fisiología como intentos de retomar lo normal (Canguillem, 1971). La primacía de la medicina sobre la vida para Canguilhem está sujeta a que esta práctica reconoce un orden en la vida, es la primacía de una actividad que busca reponer un estado de normalidad, una normalidad que es al mismo tiempo instituida.

La idea de orden en el progreso presente en Saint-Simon y Comte, ¿no es acaso la concepción de un saber que –al igual que la medicina– reconoce la fisiología del cuerpo social para reponer su salud? Desde otra perspectiva, Stein está preocupado por encontrar en la monarquía social una forma de normalidad, normalidad que Spencer sitúa en la libre competencia de los individuos que compiten en un mismo medio natural. Todos ellos toman la idea de organismo como totalidad, pero una totalidad que debe reequilibrarse. El más hegeliano de ellos, Stein, encuentra que la dialéctica que opone a los obreros pobres con los propietarios de los medios de producción encuentra su estadio superior en la formación de este Estado social que es la monarquía social. Dicha forma de estado implica un grado superior de orden social normativo.

La tesis que Canguilhem investiga y se propone debatir es una tesis propia del saber médico del siglo XIX que esgrimía que lo patológico alude a fenómenos idénticos a los fenómenos normales salvo por una variación cuantitativa. Siguiendo los trabajos de Comte (que opone a la concepción de lo patológico y lo normal del médico Claude Bernard), Canguilhem dirá que la concepción de la época era que todas las enfermedades admitidas son solo síntomas y no podrían existir desórdenes de las funciones vitales sin lesiones en los órganos o más bien de los tejidos. Comte siguiendo las investigaciones de Broussais explica que todas las enfermedades son el exceso o el defecto de la excitación de diversos tejidos por encima y por debajo del grado que constituye su estado normal. Para Comte nunca se ha concebido de una manera tan clara y directa la relación entre la patología y la fisiología. Desde esta perspectiva, las enfermedades son solo meros cambios cuantitativos en la intensidad de la acción de órganos indispensables para la vida. Claro está que para Comte descubrir la patología del organismo social que constituye la humanidad implica un grado de complejidad mucho mayor que el de un simple organismo individual.

Claude Bernard (1813-1878) es la otra referencia que toma Canguilhem para comprender la forma en que se elaboran los conceptos de lo normal y lo patológico. Claude Bernard es un reconocido médico francés que escribe su obra en la segunda mitad del siglo XIX y que conoce la obra de Comte y sus ideas sobre la salud y la enfermedad. Bernard considera a la medicina como la ciencia de las enfermedades y a la fisiología como la ciencia de la vida. En la ciencia, la teoría es la que esclarece y dirige la práctica, toda terapéutica racional solo puede basarse sobre una patología científica y esta a su vez se funda en una fisiología científica (experimental para este caso). En principio, Bernard toma el carácter de lo patológico como una alteración de un estado de normalidad del organismo, pero prontamente sus propios experimentos tropiezan con ciertas dificultades para dar solo una diferencia de carácter cuantitativo entre la salud y la enfermedad. La primer limitación teórica que encontramos en tal punto de partida es que justamente la medicina solo aprende a la enfermedad por mera referencia al estado de salud normal, por lo cual la patología como tal es una ciencia que no tiene un objeto propio, solo una referencialidad al organismo normal que crece o decrece. Es decir, la medicina moderna remite la enfermedad a la salud, de la subjetividad mórbida al conocimiento objetivo de la fisiología, ahora bien, para Canguilhem los propios estudios de Bernard dan cuenta de una serie de casos donde la patología no puede remitirse sin más a un estado previo, sino que la enfermedad constituye un acontecimiento, posee novedad y en tal sentido dicha originalidad implica un nuevo marco de normatividad. Lo patológico ya no es una mera variación cuantitativa sino una expresión cualitativamente distinta de la normatividad vital, la patología se presenta así como una nueva dimensión de la vida.[[5]](#footnote-5) Por otra parte, hasta que punto podemos hablar de anomalía cuando estamos frente un organismo que presente *desviaciones,* dado que puede haber una variabilidad del organismo que dé lugar a una nueva constitución, a una transformación del mismo en lugar de una malformación.

Tomando estas observaciones de Canguilhem nos podemos preguntar: ¿Cuál era el estado de normalidad del organismo social a partir del cual pensar lo patológico para Comte? Sin duda Comte ve en la ley de los tres estadios un necesario devenir hacia la sociedad tecnocrática de los industriales, sin embargo, el orden social que busca establecer es un orden que tiene en su “espíritu” el mismo modo y jerarquía que el teológico y militar, que en términos materiales considera superado.

**Bibliografía**:

CANGUILLHEM, G. *Lo normal y lo patológico*. Potschart, R. (trad.). Buenos Aires:

Siglo XXI, 1971

CASTEL, R. *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado.*

 Barcelona. Paidos. 1997.

DONZELOT, J. *La invención de lo social. Ensayo sobre la declinación de las pasiones*

*políticas*. Trad. Heber Cardoso. Buenos Aires. Nueva Visión. 2007 (1984).

DURKHEIM, E. *El suicidio*. México: Coyoacán, 2004

DURKHEIM, E. *La división del trabajo social*. Posada, Carlos (trad.) 4ª ed. Madrid:

 Akal, 2001 (A)

DURKHEIM, E. *Las Reglas del método sociológico.* Champourcin, Ernestina de (trad.).

México. Fondo de Cultura Económica, 2001 (B)

FOUCAULT, M. *Seguridad, Territorio y Población.* Pons, Horacio (trad.). Buenos

Aires: Fondo se Cultura Económica, 2006

GRACIOSI. M. *La gubernamentalidad de la cuestión social, mecanismos de normalización y subjetivación en el siglo XIX*. Tesis Doctoral. 2015. Inédita.

MURILLO, S. *La ciencia aplicada a políticas sanitarias en Argentina y su relación con la escuela de Medicina de la Universidad de Buenos Aires (1869-1905).* Tesis para optar por el título de Magister en Gestión y Política de la Ciencia y la Tecnología. Centro de Estudios Avanzados. Universidad de Buenos Aires. Año 2001.

MURILLO, S. *Postmodernidad y Neoliberalismo. Reflexiones críticas desde los proyectos emancipatorios de América Latina.* Buenos Aires. Luxemburg. 2012

SAINT -SIMON, H. *Catecismo político de los industriales.*  Madrid. Aguilar. 1960.

WOLF, E. *Europa y la gente sin historia*. Trad. Agustín Bárcenas. México. Fondo de Cultura Económica. 1993. (1982).

1. Todo sujeto desarrolla en el plano del conocimiento determinado grado de acumulación a partir de las relaciones que establece con una cultura. Actúan en el plano del conocimiento y en el plano de la acción dentro de lo que Piaget y García denominan *marco epistémico*. Nos referimos a la concepción de mundo que condiciona al sujeto en sus procesos de reflexión y acción de un modo inconsciente. Estas concepciones de mundo a la cual Piaget y García por momentos denominan con la palabra alemana (*weltanschauungen)* y como ideología, hacen visible (al igual que el concepto de episteme en Foucault) un determinado horizonte de fenómenos dejando afuera otros. Las diferentes explicaciones físicas del mundo que tenia la ciencia china y la griega no estaba dada por tener una metodología distinta, sino por los marcos epistémicos propios de cada cultura. *“…De aquí surge también, claramente, que lo “absurdo” y lo “evidente” es siempre relativo a un cierto marco epistémico y está en buena parte determinado por la ideología dominante…”* Jean Piaget y Rolando García **Psicogénesis e Historia de la Ciencia.** Siglo XXI, México. 1984)P. 232 [↑](#footnote-ref-1)
2. Cfr. Susana Murillo introduce en los estudios sobre gubernamentalidad y subjetividad el tema de la cuestión social como eje problemático que afecta a la política y a las teorías del siglo XIX. Sus estudios sobre la cuestión social se aplican también a la etapa contemporánea. MURILLO, S. *Postmodernidad y Neoliberalismo. Reflexiones críticas desde los proyectos emancipatorios de América Latina.* Buenos Aires. Luxemburg. 2012. [↑](#footnote-ref-2)
3. Ferdinand Tönnies produce una de las primeras sistematizaciones teóricas acerca de la cuestión social en términos de teoría social, pero desde mediados del siglo XIX existen variados escritos, artículos, sobre dicha problemática. Cfr. CASABENALLAS DE TORRE, G., ALCALA Z. y CASTILLO, L. *Tratado de política laboral y social*, tomo I, Buenos Aires, Heliasta. 1982. P. 157. [↑](#footnote-ref-3)
4. Francia se precipito a diferentes estallidos sociales revolucionarios (1789, 1830, 1848, 1871), que, llegaron a plantear la posibilidad de un gobierno de los obreros en defensa del trabajo; aspiración que se materializo provisionalmente durante casi dos meses en la Comuna de Paris en 1871. Inglaterra, por su parte, tuvo luchas tan violentas como estas, sin embargo, los obreros ingleses lograrían organizaciones más estables y con reivindicaciones que con el tiempo las vuelven más cercanas al orden dominante. [↑](#footnote-ref-4)
5. Cfr. Ibíd. p. 141. [↑](#footnote-ref-5)